

## ORDENACIÓN DIACONAL – ALFONSO TORCAL NUENO

Querido Alfonso, querida Piedad, hermanos y familia, queridos sacerdotes, diáconos y seminaristas, amigos y amigas que arropáis a Alfonso con vuestra presencia, cariño y oración.

**Todos hemos vivido momentos de ceguera y confusión**, en los que no reconocemos ni nuestros errores ni nuestros talentos, no acertamos a descubrir qué nos está ayudando y qué nos está hundiendo, confundimos las apariencias con la realidad, no vemos cuál es el camino a tomar y el futuro se nos antoja cargado de nubarrones; tampoco percibimos con claridad la presencia de Dios en nosotros mismos y en la historia del mundo. Entonces, tratamos de sobrevivir dando “palos de ciego”, como se dice coloquialmente, a ver si por casualidad, acertamos.

Frente a la realidad de la ceguera, que nos toca a todas las personas, Jesús se presenta, en **el Evangelio de hoy**, como *luz del mundo*, una luz que nos brinda a todos. En el relato evangélico, solo aquel ciego de nacimiento fue capaz de acoger la luz de Jesús. Como explicó el papa Benedicto XVI, *«el ciego, de modo gradual, recorre un camino de fe: en un primer momento encuentra a Jesús como un “hombre” entre los demás; luego lo considera un “profeta”; y, al final, sus ojos se abren y lo proclama “Señor”.* *En contraposición a la fe del ciego curado, se encuentra el endurecimiento del corazón de los fariseos, que no quieren aceptar el milagro, porque se niegan a aceptar a Jesús como el Mesías. La multitud, en cambio, se detiene a discutir sobre lo acontecido y permanece distante e indiferente»* (Ángelus del domingo 3 de abril de 2011).

La primera lección que nos ofrece este evangelio es que sólo quien reconoce que está ciego puede ser curado, mientras que quienes creen verlo todo con claridad —en este caso, los fariseos— permanecen en la ceguera. Los fariseos ni siquiera fueron capaces de reconocer lo que era evidente a los ojos de todos: que aquel hombre antes era ciego y ahora ve. Este evangelio nos invita a identificarnos con aquel ciego y a reconocer que estamos necesitados de salvación: *«Yo soy Nicodemo y la Samaritana, el endemoniado de Cafarnaún y el paralítico en casa de Pedro, la pecadora perdonada y la hemorroisa, la hija de Jairo y el ciego de Jericó, Zaqueo y Lázaro; el ladrón y Pedro, perdonados»*, como dice Francisco en la Carta Apostólica *Desiderio Desideravi* (DD 11).

Una segunda lección del Evangelio es que no basta con reconocer la ceguera; es necesario ponerse en manos de quien nos puede curar, obedecerle y dejarse sanar.

Y todavía hay una tercera lección, que hoy nos llega de manos de **san José**, cuya fiesta litúrgica celebraremos mañana. José también vivió una preciosa experiencia de iluminación. Estaba confundido y angustiado por el embarazo incomprensible de María, su esposa, pero no se precipitó, no tomó decisiones “en caliente”. Como *«era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto»* (Mt 1, 19), cargando él con la ignominia de abandonar a su esposa ya embarazada. Podemos imaginar a José pensando y rezando, en el taller mientras cepilla maderos, o en sus largas noches de insomnio, hasta que el ángel del Señor le ayudó a ver con claridad: *«No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo»* (Mt 1,20). José se dejó iluminar por Dios, y no fue ésta la única ocasión. Tras el nacimiento de Jesús, José

acogió la luz de Dios y se llevó al Niño y a la madre a Egipto. Estando allí, recibió de nuevo la luz divina, para que volvieran a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20) y, durante el viaje de regreso, «avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

Esta es, pues, la tercera lección: no basta dejarse iluminar una vez; se trata de dejarse iluminar una y otra vez, constantemente. Cada día se nos presentan encrucijadas en el camino de la vida, en las que tenemos que tomar una decisión, y cada día Dios nos ofrece su luz. Cada día se oscurece nuestra conciencia, por el pecado y por tantos intereses y deseos inconfesables, y cada día el Señor nos ofrece la posibilidad de volver a la luz.

**Querido Alfonso**, también tú has vivido una verdadera iluminación en tu proceso vocacional, una iluminación progresiva, como la del ciego del evangelio; una iluminación continuada, como la de san José. El Señor te ha ido iluminando y tú has tratado de acoger su luz, siguiendo sus inspiraciones. Entraste en el Seminario, sentiste la llamada a cambiar de camino, volviste a tu proceso de formación sacerdotal, después de madurar tu experiencia espiritual y de aquella iluminación en la santa capilla del Pilar, en la que Dios te fue desarmando de excusas y tú le dijiste: “si es por mí, ¡no!; pero si es por la gente, te digo que sí”. Y hoy estás en esta Catedral de Teruel, a punto de decir “sí” al Señor, que ha iluminado tu camino y te ha llamado para seguirle como diácono, para «servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la palabra y de la caridad» (canon 1009 §3).

No vas a ser ordenado diácono permanente, sino transitorio; es decir, como una etapa en tu formación hacia el sacerdocio. Pero no la vivas como si fuera un trámite para llegar a ser cura. La Iglesia, que es sabia, prevé que los que hemos sido llamados a actuar en la persona de Cristo-Cabeza, antes nos configuremos con Cristo-Siervo. Este período de diaconado transitorio, que hoy comienzas, ha de ayudarte a afianzar la actitud de servicio, como Jesús y con Jesús, que no vino “a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45).

Recuerdo que, en el Colegio Español de Roma, siendo estudiante, conviví con un seminarista bueno y espontáneo, muy servicial, que se levantaba de la mesa donde comíamos una y otra vez, para llevar platos o traer agua. Un día le dijimos que no se esforzara tanto, que teníamos que colaborar todos, y él nos respondió muy convencido: “Ahora soy seminarista y sirvo a ustedes, los sacerdotes; cuando sea sacerdote, otros me servirán a mí”. Nos dejó sin palabras. Aquel seminarista era muy joven y todavía no había comprendido que el *servicio* es una actitud propia de todos los cristianos y, de un modo especial, de quienes hemos recibido una responsabilidad en la Iglesia: sacerdotes, obispos, catequistas, etc... Aunque quizá expresó en voz alta una idea inconsciente: “A cargo más alto, mayores privilegios”, que nos influye a todos más de lo que pensamos.

Querido Alfonso, durante este tiempo de diaconado que hoy inicias, **mantén el alma bien abierta, para dejarte iluminar por Dios**, en tu peculiar estado de vida.

- Déjate iluminar por Dios a través de **esta Iglesia concreta de Teruel y Albarracín**, en la que hoy te incardinas (cf. canon 266 §1), formada por un pueblo de Dios, un presbiterio, unos consagrados y consagradas, un obispo;

hombres y mujeres con nombres y apellidos, llenos de generosidad y con algunas limitaciones. Déjate iluminar por los humildes procesos sinodales de nuestra Diócesis, que nos permiten intuir la luz de Dios, quien nunca deja de acompañar y guiar nuestra andadura como comunidad cristiana. Déjate iluminar por esta Iglesia, que te acoge como un tesoro y a la que tú quieres entregarte sin reservas.

Recuerda que la incardinación «no se agota en un vínculo puramente jurídico, sino que comporta también una serie de actitudes y de opciones espirituales y pastorales» (PDV 31). Es decir: los fríos y la luz, las parameras y las sierras de esta tierra tienen que marcar tu corazón; los sufrimientos, las esperanzas y la fe de nuestra gente tienen que modelar tu espiritualidad, hasta que logres decir de corazón, con el salmista: «*Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad*» (Sal 16,3), y puedas rechazar la tentación del Maligno de girar tu mirada a otras diócesis más grandes, más ricas o con más posibilidades humanas y pastorales.

- Además, **déjate iluminar por las personas pobres y enfermas**, que te serán confiadas de un modo especial en este periodo de diaconado. Aprovecha todo el tiempo que ahora tienes (y que, cuando seas sacerdote, tal vez escasee) para estar con ellas, para escucharlas, para dejarte cuestionar, para desinstalarte de tus seguridades, para percibir en ellas esa presencia de Dios que no solamente nos exige un compromiso de amor, sino que nos bendice y nos salva.
- Finalmente, **déjate iluminar por el Señor en el encuentro personal con Él**, al que te unes de una manera especial con la promesa de celibato. El celibato no es un rechazo al matrimonio y, mucho menos, un “no” al amor. El celibato es un “sí” total a Jesucristo, pobre, humilde y casto. El celibato «*es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor*» (PDV 29). El encuentro con Jesús, el Amor de los amores, nos permite vivir el celibato no como una penitencia, sino como un regalo, que ciertamente hemos de cuidar responsablemente.

Querido Alfonso, abre tu corazón para recibir el don de Dios, para que vaya configurando tu corazón y tu vida como diácono, como servidor. Hermanas y hermanos, abramos todos el alma a Dios y acompañemos a Alfonso con nuestra oración.